

“Yo estaba perdida y en el EME me encontré”.

Apuntes sobre comunidad, identidad y género en el M-19*

Por Patricia Madariaga**

* Artículo recibido en noviembre de 2006.

Artículo aprobado en diciembre de 2006.

** Magíster en Antropología e investigadora asociada del Cinep.

Introducción¹

Pese a ser en gran medida un proyecto “racional”, las organizaciones políticas no se conforman únicamente a partir de posiciones ideológicas o intereses políticos: en ellas se juegan casi siempre sentimientos compartidos, búsquedas identitarias de carácter tanto individual como grupal y necesidades emocionales que encuentran su espacio en esa construcción colectiva que las modela y configura a la vez que es transformada por ellas.

Si bien este proceso tiene lugar en la mayor parte de las agrupaciones (no sólo políticas sino también de otras índoles), las formas que adquiere en un contexto de lucha armada son definitivamente particulares. Por una parte, la clandestinidad pone en las actividades y relaciones un matiz nuevo; por otra, la guerra es en sí misma una institución socializadora en la cual, si bien los combates sólo ocupan una mínima porción del tiempo, “todos los demás elementos que la caracterizan como a cualquier

¹ Este Artículo es un avance de investigación del proyecto “Historia Cultural de las izquierdas. Segunda mitad del siglo XX”, coordinada por Mauricio Archila, profesor del Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia e investigador del Cinep

institución, es decir, las ideas que la fundamentan, las normas que la regulan y estructuran, las colectividades que la protagonizan y las formas específicas de actuar de cada uno de estos actores, están vigentes en esos largos períodos en que no hay combates ni muertes” (Moreno, 1991, 94).

El caso del M-19 es especialmente interesante en este sentido, pues se trató de un movimiento que incorporó a sus dinámicas preguntas por la identidad, lo afectivo y lo lúdico, que serían características de lo que teóricos que como Anthony Giddens (2000), definen como tardomodernidad. Estas preocupaciones habrían de expresarse tanto en el discurso como en las prácticas del grupo, modelando y reflejando a la vez las subjetividades de quienes lo conformaban.

Las inquietudes personales y políticas de un grupo de jóvenes que no encontraban lugar en las organizaciones armadas ya existentes, la tendencia a realizar operaciones mediáticas y la visión nacionalista, entre otros, fueron componentes de la búsqueda del M-19 por un modelo propio de revolución que respondiera a lo que ellos creían que era la identidad colombiana. Por otra parte, su alta valoración de la espontaneidad y la autonomía, su insistencia en la equidad –siempre conflictiva dentro de una estructura militar y por lo tanto jerárquica– y el papel que jugaron las mujeres en su conformación y dirección, marcaron una tendencia que hizo del Movimiento 19 de abril, M-19 una organización con un alto nivel de popularidad en diversos sectores de la sociedad colombiana; a la vez que les merecía el rechazo de los demás grupos de izquierda armada y les restaba en muchos casos eficacia militar. En ese sentido, la participación en el M-19 fue una experiencia determinante para la personalidad de quienes la vivieron, debido especialmente a la construcción colectiva que tuvo lugar en el contexto del grupo.

Este artículo explora algunos elementos de los procesos de configuración de identidad (individual, colectiva y de género) en el contexto del M-19 como grupo armado² y lo hace fundamentalmente a través de las voces de algunos militantes y simpatizantes de la organización, en entrevistas realizadas a lo largo

². Para una historia completa del movimiento, véase Villamizar (1995).

de ese período y otras posteriores³. Busca con ello acercarse a la comprensión de este grupo guerrillero como comunidad emocional y movimiento político y contribuir a la sistematización de la abundante pero dispersa información que existe sobre él.

“El EME más que un grupo político siempre fue como una manera de ser”⁴: rasgos fundamentales de una construcción colectiva

Melucci (1995) define la identidad colectiva como procesos que implican definiciones cognitivas de los fines, medios y campos de acción, lo que no significa necesariamente marcos de trabajo unificados y coherentes. Estos producen redes de relaciones entre los actores, quienes se comunican, se influyen mutuamente, negocian y toman decisiones. Por otra parte, Berger (1999), entre otros, ha mostrado cómo la identidad se confiere y se sostiene a través de los actos de reconocimiento social, por lo que requiere de una serie de afiliaciones específicas donde se vea reforzada. De esta manera, el surgimiento de un movimiento político puede comprenderse como un proceso dual por el cual una serie de personas con rasgos identitarios comunes se unen para conformar un grupo que a la vez los moldea y define.

Una particularidad del M-19 fue el carácter medianamente consciente que tuvo este proceso para sus miembros, en la medida en que ellos daban cuenta con frecuencia del impacto que su pertenencia al grupo tenía en la construcción de su identidad personal. Esto se extrapolaba hasta suponer que, como afirmaba Jaime Bateman,

“la lucha revolucionaria, por su dinámica, va creando un hombre nuevo, diferente al normal que genera una sociedad burguesa, que es individualista, que es solitario, sin perspectivas, que vive agobiado, que vive frustrado. La lucha

³. Entre ellas las realizadas por el Equipo de investigación en Movimientos Sociales de Cinep en el curso de la investigación “Historia cultural de las izquierdas en Colombia, segunda mitad del siglo XX”.

⁴. Vera Grabe, citada en Toro, 1994.

revolucionaria va generando un individuo totalmente diferente, que vive de la comunidad, del colectivismo, de su propia acción, no de la acción de los demás. Que vive del idealismo, de las cosas sanas de la vida” (Jimeno, 1984, 121).

Aunque esa era una concepción relativamente común en ese momento (derivada fundamentalmente de la idea del hombre nuevo que promulgaba, entre otros, Ernesto Guevara), en pocos grupos se vivió tan a fondo como en el Eme, pues desde su conformación el movimiento había hecho énfasis en ciertas posibilidades y libertades poco comunes en su medio.

La valoración de la intuición, lo místico y lo mágico, la insistencia en el criterio individual y la reivindicación de la alegría como componente fundamental, fueron para el Eme un modo de oponerse a lo que percibían como “una izquierda que en vez de permitirle a la gente sacar lo que tenía, la formó en una serie de principios, dentro de una camisa de fuerza, y sacó unos seres deformes y contrahechos” (Beccassino, 1989, 62).

Un elemento de esa diferenciación tuvo que ver con la laxitud en el reclutamiento. Mientras para ingresar a las Farc o al ELN era necesario pasar varias pruebas, demostrar la capacidad y el compromiso e incluso ganar el derecho a tener un fusil, el M-19 se caracterizó por su informalidad y flexibilidad en ese punto. Vera Grabe, por ejemplo, al explicar los motivos por los que se vinculó al movimiento, comentaba que uno de los factores centrales fue

“que no hubiera discurso de reclamo o exigencia, sino actitud de frescura y confianza. Confianza en la gente, que mostraban confianza en sí mismos y en lo que estaban haciendo. Lo que a mí -y a muchos- nos sorprendió fue que en este grupo todo no sólo era más informal, sino también más real. Había espacio para la duda. No era un callejón sin salida. No se trataba de romper con lo que uno era, sino precisamente de hacer las cosas con todo y como todo el mundo” (Grabe, 2000, 55).

En ese sentido, el M-19 protagonizó una ruptura sumamente significativa frente al ideal guerrillero de la época, que invitaba al sacrificio por la causa, a ser mártires de una lucha contra la opresión que debía encararse con seriedad

y abnegación. Su apuesta incluyó una reivindicación de la alegría y el goce que se reflejó en una frase de Jaime Bateman que marcaría al movimiento: la revolución es una fiesta. Algunos años después, al ser interrogado respecto de ese tema, Carlos Pizarro señalaba:

“Esta es una revolución de vida. Entonces no puede ser más que una fiesta. No puede vivirse más que como una fiesta. Sin gozarse la vida es imposible que podamos construir un futuro sano. (...) Cuando yo empecé, cuando no era M-19, cuando era Farc, en esa época del setenta hubo una tendencia a lo trágico. La primera operación a la que fui, yo fui a la muerte heroica. Pero iba con Bateman. Y con Bateman aprendí que no había que ir a la muerte heroica. Que había que gozarse cada día, cada instante de la vida. (...) Ya no era la tensión del hombre que se sacrifica, sino fundamentalmente el disfrute de una actividad que tiene sus riesgos, pero también tiene el sabor del desafío, la excitación, la euforia de coronar...” (Beccassino, 1989, 54).

El espíritu aventurero como motivación para la lucha revolucionaria no fue, por supuesto, un fenómeno exclusivo del M-19. Muchas personas (jóvenes en su mayoría) encontrarían en los movimientos político-militares de finales del siglo XX un espacio para mostrar su valía, explorar sus límites e inscribir sus destinos particulares en un proyecto colectivo. La diferencia radica en que el Eme, en lugar de considerar las motivaciones extra-ideológicas como un problema, las integró en su lógica grupal y las reivindicó como válidas. “Nuestros jefes desacralizaron la actividad revolucionaria”, comenta María Eugenia Vásquez. “La acercaron a los anhelos juveniles de la época, la hicieron compatible con el amor, con la rumba, con el teatro, con la risa y con el estudio. No nos exigieron sacrificios, nos ofrecieron alternativas de vida” (Vásquez, 2000, 127).

En resumen,

“El M-19 se caracterizó por rescatar lo lúdico (cuyas raíces fueron sembradas por Bateman) y romper con los dogmatismos que exigían un comportamiento basado en el sacrificio y tomando la lucha como una religión. Este grupo siempre fue más informal, menos rígido y enfatizó la importancia de las comunicaciones

de masas y la publicidad. Fueron tan arriesgados que muchas veces fallaron por imprudencias que otros grupos tenían más en control” (Toro, 1994, 52).

Ello fortaleció la imagen del Eme como un movimiento superficial, un divertimento de jovencitos indisciplinados jugando a la guerra. Una militante del EPL, por ejemplo, los describía como “mucha rumba, mucha marimba, mucha cosa. Eran desordenados, de pronto sería porque era tierra fría”⁵. Del mismo modo, un ex-combatiente del ELN señalaba que “eran unos irresponsables, aplazaban los operativos por irse a ver a la novia”⁶. Una simpatizante del movimiento que estuvo en algunos campamentos como fotógrafa, comentaba sobre su experiencia:

“Era una rumba todo el tiempo. En ese momento yo me sorprendo, porque digo: ‘esta gente que está haciendo tanto en este país, si los enemigos los vieran se morirían de la risa’. Mejor dicho, nadie se imagina que ellos sean unos muchachos comunes y corrientes, que además se están inventando el asunto acá: ‘inventémonos qué es lo que tenemos que hacer’”⁷.

Haberlas vivido con alegría y espontaneidad, sin embargo, no cambia el hecho de que la pertenencia al M-19 implicó para sus miembros una larga serie de renunciaciones, algunas de ellas irrevocables. Fueron muchas las cosas que hubo que dejar atrás al pasar a la clandestinidad y afrontar la vida desde una perspectiva de grupo, donde los lazos con la familia, por ejemplo, sufrieron grandes cambios.

Del mismo modo, el modo de concebir las relaciones (sociales, familiares, de pareja) se vería profundamente transformado a la luz de los ideales políticos. Las relaciones entre hombres y mujeres, la maternidad y la paternidad, el conflicto entre el discurso y la práctica, entre otros temas, se inscribieron dentro de un proyecto que pretendía llegar a todas las esferas de la vida.

5. “Carmen”. Entrevista citada en Toro, 1994.

6. Entrevista con un antiguo militante del ELN, realizada en el marco de la investigación “Historia cultural de las izquierdas en Colombia, segunda mitad del siglo XX”.

7. Entrevista con una fotógrafa simpatizante del M-19, realizada en el marco de la investigación “Historia cultural de las izquierdas en Colombia, Segunda mitad del siglo XX”.

“Eso de andar juntos peleando la vida, une”⁸: el M-19 como comunidad emocional

Una comunidad emocional es un grupo construido a partir de vínculos cotidianos entre individuos que se reconocen como participantes de una comunidad de identidad, saberes e intereses, lo que no excluye, por supuesto, la existencia de diferencias y conflictos (Maffesoli, 1990). Se sustenta en el sentimiento compartido de los participantes, que encuentran en la comunidad no sólo un instrumento para lograr metas políticas, sino también un modo de estar juntos que los enriquece personalmente. Así, la inversión emocional que cada uno de los participantes realiza en el grupo lleva a que su consistencia sea mantenida por puestas en común de sensibilidades y afectos y por la creación de “unas lógicas donde lo que importa es la expresión de sensibilidades más que de racionalidades, los universos simbólicos, más que los objetos materiales, las valoraciones más que las ideologías” (Cerbino et al., 2000, 117).

Este fue el caso del M-19, que por más de quince años se nutrió de lo que sus integrantes llamaban la cadena de afectos, una red emocional que garantizó la cohesión del movimiento en momentos en que la dispersión parecía inminente. Esta sensación de comunidad se acentuaría a partir de la clandestinidad, haciendo de los lazos entre militantes una relación definitiva para la vida de cada uno de ellos. Castro ha mostrado cómo

“desde un primer momento entre los miembros de una organización guerrillera van surgiendo fuertes vínculos, profundas solidaridades, relaciones particularmente estrechas; todos unidos en una colectividad con una causa común, la causa guerrillera. Cursan una cotidianidad intensamente vivida, marcada por la aventura, el riesgo constante y el peligro inminente, el albur y la sorpresa, en un colectivo ilegal y clandestino donde se juegan la vida” (Castro, 2001, 49).

⁸. Vázquez, 2000, 342.

Debido a ello, las relaciones internas del movimiento estuvieron marcadas por un sentimiento de familiaridad (en el sentido más literal, de ser parte de la misma familia) que proporcionó a sus militantes sustento emocional y permitió la consolidación de una identidad colectiva fuerte y dinámica, que integraba a los recién llegados a la red de solidaridades y se nutría de ella para alcanzar sus metas. “Era como si llegara alguien y ya se sentía parte de la familia”, diría luego una militante de la organización (“Gloria”, entrevista citada en Toro, 1994).

Esta dinámica no se circunscribía a los combatientes o a quienes estaban “en el monte”. Existió un amplio grupo de colaboradores de la organización que, con diversos niveles de participación en las actividades revolucionarias, se sintió parte de la organización y contribuyó con tareas de logística, apoyo a otros militantes, relaciones públicas, etc. El impacto de esa experiencia en la construcción de sus identidades individuales tampoco debe ser subestimado.

Por otra parte, como se ha señalado, participar de una identidad colectiva implica “reconstituir el ser individual alrededor de una identidad nueva y valorada” (Friedman y McAdam, 1992, 157). Así, señalan Friedman y McAdam, en el proceso de configuración de una identidad colectiva se van constituyendo un conjunto de actitudes, compromisos y reglas de comportamiento al que se espera que se suscriban quienes asuman dicha identidad, identidad que es también un anuncio individual de afiliación, de conexión con otros. En ese sentido, el proyecto político con que el M-19 buscaba transformar el país tuvo un fuerte impacto en las vidas de los combatientes pues, como señalaba Vera Grabe,

“lo nuestro no ha sido la búsqueda de un régimen político solamente, sino de una cultura nueva donde esos valores de la tolerancia, de la solidaridad, del respeto, del apoyo, de los afectos, de todo eso, irradian sobre el conjunto de la sociedad. El sueño es una democracia en todo, en lo privado, en lo público, en lo chiquito, en lo grande, en lo cotidiano, en lo nacional. Es que la democracia es una vaina integral, es un comportamiento en la vida. Entonces rige para la casa, para la relación de pareja, para la relación con los hijos, para el trabajo, para todo” (Beccassino, 1989, 193).

Ese intento por democratizar la vida diaria se expresó, entre otras cosas, en una apuesta de organización guerrillera flexible, plural e igualitaria, que valoraba la independencia, la autonomía y el criterio propio en sus combatientes, y que a la vez debía garantizar la obediencia y la disciplina necesarias en una organización militar jerarquizada.

La diferenciación de los comandantes se circunscribía entonces a lo relacionado con sus responsabilidades militares y políticas, pero no se expresaba generalmente en privilegios respecto de la comida, la ropa o el trabajo pesado. En las ocasiones en que se percibía inequidad en ese sentido (como ocurrió, por ejemplo, durante la toma de la embajada de la República Dominicana), los reclamos no se hacían esperar. No obstante, existían excepciones. En el campamento de Santo Domingo, por ejemplo, había “coñac Carlos V para Pizarro, de consumo discreto; aguardiente caucano para la tropa; y brandy Tres Estrellas para los mandos medios” (Grabe, 2000, 551). No obstante, una mujer que compartió con el movimiento en distintos espacios a lo largo de los años ochenta, señalaba que

“en ese momento había mucho afecto y mucha confianza. Uno se podía acercar a cualquiera. Yo vine a saber que había una estructura militar vertical muchísimo después”⁹.

Eso se relaciona con algo que, siendo comandante general del movimiento, Carlos Pizarro señaló en una entrevista: “Yo creo que esa lucha contra la subordinación, esa rebeldía interna que es lo que hace que una persona llegue a una organización como la nuestra, es un valor que debe fomentarse” (Beccassino, 1989, 56). Esa política institucional de fomento a la individualidad tendría diversos efectos en la trayectoria del movimiento. Por una parte, permitió a los militantes dar espacio a su singularidad y creatividad, nutrió al movimiento mediante la pluralidad de voces y estilos y le permitió idear estrategias novedosas en el contexto de la lucha armada colombiana. Por otra, minó su eficacia militar al no “normalizar” a sus miembros para convertirlos en piezas eficaces de la

⁹. Entrevista con una fotógrafa simpatizante del M-19, realizada en el marco de la investigación “Historia cultural de las izquierdas en Colombia, segunda mitad del siglo XX”.

maquinaria de guerra. También convirtió la autoridad, que en los ejércitos suele ser monolítica e incuestionable, en un tema de concertación, y puso la equidad como bandera por encima de las diferencias jerárquicas:

“En el M-19 nadie te hace nada si no comprende por qué lo va a hacer. Nadie acepta que porque yo soy comandante general me puedo dedicar a la locha cuando todo el mundo tiene infinitas cosas que hacer, que yo podría estar ayudando a hacer. Nadie acepta esas distancias. Yo soy comandante y cuando digo aquí toca morirse por esto y por esto, la gente aquí se muere. Pero la gente nunca va a aceptar que yo imponga distancias. (...) Inclusive se han dado rebeldías de combatientes frente a mandos porque han planteado una arbitrariedad frente a un enemigo. La gente simplemente no cumple esa orden. Porque hay cosas que en el M-19 no se aceptan y no hay ninguna autoridad que pueda imponerlas” (Becassino, 1989, 55).

Los espacios para la discusión y las asambleas de combatientes serían entonces vitales para el movimiento. Las reuniones generales se hacían interminables porque “como todo el mundo tenía derecho a hablar, era todos hablen y todos opinen. Entonces cada uno hablaba y el que quería hablar una hora hablaba una hora, porque era como una escuela de poder hablar”¹⁰. La bandera de la democracia (adoptada por el M-19 cuando entre los demás grupos de izquierda se hablaba fundamentalmente de socialismo o dictadura del proletariado) era más que una posición ideológica: correspondía a los modos de sentir, pensar y actuar que caracterizaban a la organización, y lo que le faltaba de elaboración conceptual lo compensaba con los experimentos cotidianos.

Por otra parte, pese a existir liderazgos muy claros, la pluralidad en los orígenes y personalidades de los combatientes (más allá del grupo inicial de intelectuales urbanos de clase media) llevaría a una progresiva aceptación de las diversas fortalezas que hombres y mujeres, campesinos y urbanos, podían aportar al grupo. Una dirigente del movimiento comentaba:

¹⁰. Entrevista con una fotógrafa simpatizante del M-19, realizada en el marco de la investigación “Historia cultural de las izquierdas en Colombia, segunda mitad del siglo XX”.

“A pesar de ser un grupo de conexión militante, era muy importante respetar la iniciativa individual. (...) Era muy importante que la gente fuera auténtica, que no perdiera su ser. (...) Yo me acuerdo una compañera, una maestra santandereana que era una señora ya en esa época, ella ya tenía más de cincuenta años. Su liderazgo era desde la bondad, ella nunca fue jefe de nada. Pero ella era como la mamá de todos, nos cuidaba a los enfermos, se acordaba de los cumpleaños. Entonces tenía una autoridad impresionante pero desde otro tipo de liderazgo”¹¹.

Los temas del liderazgo, la autoridad y la pluralidad interna habrían de volverse problemáticos en el momento de la desmovilización, cuando se hizo necesario poner a funcionar las estructuras identitarias y operativas del movimiento para un proyecto político-electoral que se nutriría del espíritu de cuerpo del M-19 a la vez que le imponía nuevos retos.

“En la guerrilla ser mujer es un esfuerzo doble”¹²: identidad de género en el contexto de la guerra

Tradicionalmente, la violencia –sea ésta organizada o desorganizada, política o intrafamiliar– tiende a asociarse con los hombres y sus acciones. Del mismo modo, en Colombia la política ha sido un terreno donde, pese a la irrupción ocasional de figuras femeninas, durante mucho tiempo han sido los hombres quienes se mueven en los ámbitos decisorios. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XX en Colombia fueron muchas las mujeres que encontraron en la militancia política un espacio desde el cual aportar a la idea de país que tenían en la cabeza y en el corazón. Algunas de ellas tomaron las armas dentro de un escenario en que la revolución parecía cercana y posible y se unieron a sus amigos, hermanos y compañeros en la tarea de transformar la sociedad a través de las armas.

¹¹ Entrevista con una excombatiente del M-19, realizada en el marco de la investigación “Historia cultural de las izquierdas en Colombia, segunda mitad del siglo XX”.

¹² María Eugenia Vásquez, citada en Salazar, 1993, 314.

La peculiaridad del M-19 en este campo tiene que ver no solo con la proporción relativamente alta de mujeres que hacían parte de éste –casi el 30% en el momento de la desmovilización (Toro, 1994)– sino con el papel que ellas jugaron en todos los niveles de la jerarquía política y militar del grupo. La fuerza de su papel se evidenciaría en que el Eme fue uno de los primeros movimientos guerrilleros en tener una política específica respecto del papel de las mujeres en la fuerza. Su objetivo inicial era la igualdad, entendida como el mismo trato para todos. Sin embargo, al ser los ejércitos una institución tradicionalmente masculina, lo que se exigía de los combatientes estaba hecho a la medida de un modelo de soldado al que las mujeres tenían que adaptarse. “Éramos iguales a los hombres para todo”, señalaba una de ellas (“Gloria”, entrevista citada en Toro, 1994).

Pese a las limitaciones de esta concepción, en un país que ofrecía pocas alternativas a las mujeres para construir un proyecto que fuera más allá del matrimonio y la maternidad, la lucha armada les permitiría a algunas construir para sí mismas un destino de otros alcances. Ser guerrilleras, combatientes y hasta comandantes les otorgaría niveles de autonomía y poder prácticamente desconocidos en su medio.

“Para una mujer ganarse el liderazgo era más fregado, ¿no? Pero por ejemplo compañeras que se ganaron el liderazgo militar se lo ganaron y lograron mucha autoridad. Pero obviamente, como en todas las estructuras militares, el machismo existe. Lo que pasa es que una mujer cuando ganaba el reconocimiento ya lo tenía en muchos sentidos”¹³.

Es importante tener en cuenta, no obstante, que muchas de las mujeres que alcanzaron posiciones de mando eran de procedencia urbana y universitaria, mientras que “la tropa” contaba con un mayor número de mujeres de procedencia rural y limitada formación académica. En ese sentido, las líderes estuvieron en condiciones distintas desde el principio, y el poder que alcanzaron fue sólo una expresión de un proceso más amplio.

¹³. Entrevista con una excombatiente del M-19, realizada en el marco de la investigación “Historia cultural de las izquierdas en Colombia, segunda mitad del siglo XX”.

Sin embargo, este poder tuvo un precio: temas como la maternidad y las relaciones de pareja, que en la sociedad colombiana tradicional se asumían como derechos y deberes tradicionales de las mujeres, se convirtieron en un conflicto para las guerrilleras. María Eugenia Vásquez recuerda:

“Las mujeres que íbamos ganando posiciones de mando, con algunas excepciones, nos quedábamos solas. Si éramos buenas guerreras no éramos las esposas ideales para nadie. Construir vida familiar significaba renunciar a la organización. Muchas renunciábamos a ser madres y esposas por mantener los espacios de guerreras. Y los hijos se quedaron solos...” (Salazar, 1993, 314).

Las exigencias de los distintos modelos de mujer chocaban entonces, como chocaban la teoría y la práctica. Que los hombres tuvieran hijos estaba fuera de discusión, pues podían dejarlos con sus mujeres mientras ellos se dedicaban a la lucha revolucionaria. Las mujeres, en cambio, debían elegir entre ser guerrilleras o ser madres, pues el embarazo y la maternidad eran a todas luces incompatibles con la vida en el monte y con las exigencias de la clandestinidad. En consecuencia, muchas de ellas debieron entregar sus hijos a otras personas y vivir con ello la escisión de arriesgar diariamente la vida para construir un mundo mejor para sus hijos, pero sin la posibilidad de compartir con ellos la cotidianidad y decidir sobre su formación. Vera Grabe, por ejemplo, ha narrado la censura que debió enfrentar para tener a su hija, pues sus compañeros y superiores consideraban incompatibles la maternidad y la lucha revolucionaria. “Eso lo decían compañeros que tenían sus mujeres con sus hijos”, comenta “pero yo sí no podía” (Entrevista citada en Toro, 1994).

Las mujeres de la organización se encontraron entonces con un discurso de igualdad que convivía con la inequidad práctica que caracterizaba a la sociedad colombiana de ese momento. Ganarse un lugar en un medio como el de los combatientes y los campesinos exigió de ellas esfuerzos adicionales, a la vez que su condición femenina en un medio mayoritariamente masculino tenía implicaciones para ellas y para el grupo. Vera Grabe narra que

“En el 82, en la Octava Conferencia, cuando se estaba planteando la construcción de un ejército, surgió la discusión de la participación de la mujer. El Flaco argumentó: ‘En ese ejército no debe haber mujeres porque eso crea demasiados problemas. Mujeres en los ejércitos no hay, ni siquiera en el ejército soviético’. Citó otros ejemplos y por supuesto se armó la gajaperla más horrorosa porque las mujeres dijimos ‘Estamos aquí, ¿nos van a echar o qué? ¿Qué van a hacer con nosotras? ¿Cómo vamos a vincularnos?’ La reacción de las mujeres fue lindísima: nos agrupamos y citamos al comandante Bateman. Éramos veinte mujeres emplazándolo... Eso sirvió para plantear los problemas específicos de las mujeres: compañeras a las que les pegaban los compañeros, otras a las que ponían a lavar ropa, y el embarazo como una dificultad para los guerrilleros. Hablamos de las expresiones de machismo que se estaban dando al interior del M-19. Entonces el Flaco se vio obligado a cambiar su posición y de allí surgió una ordenanza que escandalizó a muchos. Incluía: no al maltrato, sí al aborto, sí al derecho al control natal, igualdad de trato, educación para las mujeres que se vinculaban a la guerrilla” (Entrevista citada en Toro, 1994).

Esta ordenanza sería uno de los soportes fundamentales de la política de la organización frente al tema de género, la cual se mantendría hasta la desmovilización. No obstante, en esa misma conferencia,

“lo que Bateman planteaba era que la mujer necesita un apoyo específico, una formación especial porque de todas maneras en la guerrilla hay muchos hombres y poquitas mujeres, entonces se genera un nivel de asedio muy complicado: la mujer tiene que tener unos valores muy claros para ver cómo maneja su vida personal para no despetotarse y no despetotar a la fuerza” (Entrevista citada en Toro, 1994).

Los valores de los hombres y su expresión en las relaciones de pareja, en cambio, no fueron casi nunca un tema de discusión. La estructura guerrillera estaba hecha a imagen de los hombres y sus búsquedas, aunque paulatinamente la presencia y acción de las mujeres lograra posicionar algunos temas –tradicionalmente considerados ‘femeninos’– en la agenda revolucionaria, como la democratización de las relaciones familiares y las implicaciones de la maternidad.

Por otra parte, ser guerrilleras implicó para las mujeres construir una identidad distinta, en la que aquello que una vez había sido asumido como el yo verdadero (ser estudiante, novia, hija de familia, etc.) se supeditaba al ser guerrillera y en muchas ocasiones se convertía en una fachada para ocultar las actividades ilegales. Tener que simular ser algo que en otro tiempo se vivió como la propia esencia es un escenario sumamente complejo en términos identitarios, y para algunas mujeres fue vivido como una situación cercana a la esquizofrenia (Vásquez, 2000). Las fortalezas y debilidades de esa construcción de la feminidad, tan distinta de la de la mayoría de sus contemporáneas, se evidenciarían al enfrentar el reto de regresar a la vida civil.

Entre otros momentos, el papel de las mujeres en el Eme se haría visible cuando, tras la desmovilización, la AD-M-19 eligió fundamentalmente mujeres para encabezar sus listas electorales para el congreso, los concejos municipales y las alcaldías. Según Vera Grabe,

“en Santo Domingo, Pizarro había dicho: ‘Tenemos que ser una organización aguerrida, que se sienta el coraje, nuestras mujeres tienen que pesar con sus valores. A nosotros se nos cuestiona el machismo pero nosotros cuestionamos la fragilidad de nuestras mujeres, necesitamos que ellas nos pongan en nuestro sitio’” (Grabe, 2000, 415).

El reto de representar a la organización en el momento de la transición a la vida civil sería crucial en ese momento, aunque a largo plazo los liderazgos centrales siguieron enfocados en los varones.

“Nos quedamos huérfanos”¹⁴: reconfiguraciones de la identidad tras el abandono de las armas

María Clemencia Castro, en su estudio sobre las lógicas de la subjetividad entre los guerrilleros, ha mostrado cómo

¹⁴ Citada en Castro, 2001, 151.

“ser parte de una organización armada es una apuesta incondicional que compromete la vida; al entregar lo que simboliza la vida, al desdibujarse el proyecto, al fragmentarse la organización, el sujeto se encuentra a la deriva, sin referente, sin lugar. De valeroso y heroico salvador de la sociedad, luchador por un ideal, pasa a tener que acomodarse a las rutinas, a las formas y exigencias de la cotidianidad como cualquier ciudadano; del poderío sin límite gozado se pasa a la indefensión; de retador de la muerte, a temerla como cualquier mortal” (Castro, 2001, 157).

La pérdida de poder es sólo uno de los componentes del complejo proceso que tiene lugar cuando una persona toma la decisión de abandonar las armas. Por otra parte, esa decisión implica resignificar la identidad individual, ya no inscrita en un proyecto común. Se pasa entonces de ser parte de un actor colectivo que se vivía como una fuerza importante en la vida nacional, a ser una persona cuyo destino individual tiene poco impacto en el país o el mundo. Pero, al mismo tiempo, se cuenta con una nueva libertad, a la que se había renunciado al tomar la responsabilidad del colectivo. María Eugenia Vásquez describió su experiencia al respecto:

“Lentamente descubrí que era agradable estar fuera de la organización aunque doliera, sólo por la sensación de manejar mi propia existencia. Ya no tenía la obligación de vivir para otros, era dueña de mí misma. Claro que también sentía una contradicción, porque debía tomar decisiones propias y no sabía hacia dónde. Me paralizaba el miedo a lo desconocido. Una cosa era decidir sobre situaciones que tenían un norte, como en el trabajo revolucionario, y otra bien distinta hacerlo con respecto a un presente y un futuro individuales, con la poca importancia que los intereses personales tenían en medio del gran proyecto histórico de cambiar el mundo” (Vásquez, 2000, 435).

Un segundo componente es el tema de los afectos: de ser parte de una familia de combatientes, de la intensidad de la convivencia, del amor de los compañeros, había que pasar a “arreglárselas solo”. Una sensación de orfandad habría de acompañar a muchos desmovilizados, quienes aún rememoran al movimiento armado como una etapa de gran intensidad emocional, en la cual se enmarcan muchos de los vínculos afectivos más significativos para sus vidas. En ese sentido,

“quienes han dejado la guerra y salido a la vida civil recuerdan con particular nostalgia la intensidad de los lazos, jamás reencontrada en las nuevas circunstancias de las rutinas cotidianas. No es sólo un asunto de añoranza frente a lo dejado atrás. Razón tienen, pues la intensidad de los encuentros, la intimidad de las amistades, la plenitud de los amores, nunca más serán vividas con tal esplendor” (Castro, 2001, 158).

Además de la separación inmediata, en muchos casos las pérdidas antiguas hicieron presencia en el momento en que se abandonó el frenesí de la lucha. Abandonos y muertes, que en medio de la guerra no hubo tiempo para procesar, se mostraban ahora en toda su magnitud, expresando la necesidad de llevar a cabo los duelos postergados (Salazar, 1993). De ahí que a la desmovilización siguiera en muchos casos una etapa de depresión, en la que se hacía necesario afrontar la pérdida de referentes, la separación de los compañeros y las muertes que estaban por llorar.

El caso de las mujeres resultaba especialmente complejo, pues, así como al convertirse en guerrilleras optaron por unos valores y convenciones nuevos, el regreso a la vida civil implicaría enfrentar las exigencias que la sociedad tenía frente al papel de las mujeres, exigencias que conocían, pero a las que no habían respondido por años. Muchas de las habilidades que habían desarrollado como combatientes carecían de lugar en la concepción que de los roles femeninos tenían la mayor parte de los colombianos, y el lugar que se habían ganado en la organización se diluía al reintegrarse a las dinámicas familiares, sociales y laborales:

“Si en el monte ellas cumplían órdenes, desempeñaban funciones precisas, obtuvieron status por su participación en los combates, vivían el compañerismo y la solidaridad y tejían también sus relaciones afectivas, con la reinserción toda esa cotidianidad perdió vigencia, sin ser reemplazada por otra” (Merteens, 2000, 395).

Dedicarse entonces a la vida familiar largamente postergada, entrar en la dinámica del mundo laboral, construir nuevos lazos afectivos, exigiría de ellas constantes reajustes en sus modos de ser y hacer.

La construcción de una vida personal resultaba compleja para hombres y mujeres. La mayor parte de los afectos había quedado atrás, las relaciones familiares estaban resentidas por años de distancia y los contactos necesarios para ubicarse en la vida de la ciudad no habían sido establecidos. “Nadie me daba trabajo porque no tenía currículum ni recomendaciones”, narra Vásquez. “Además está toda la angustia que uno no sabe ubicar, de incomunicación con el resto de la gente, de soledad. Es que no había construido lazos con nadie, y de pronto necesitaba que esos lazos existieran” (Salazar, 1993, 367).

Por otra parte, aquellos que salieron de la clandestinidad para dedicarse a la actividad política en nombre del movimiento, se encontraron con una situación dual: por un lado, conservaban la adscripción a un proyecto colectivo, por el otro, debían dar cuenta de él en espacios distintos a los que conocían y con herramientas nuevas para ellos, como la competencia electoral. Ya en 1985, uno de los miembros del Comando Nacional de Diálogo señalaba: “Uno, entre compañeros, la caga y nadie le hace caso, o lo arregla facilito. Pero esto otro... es un compromiso muy berraco” (M-19, 1985, 100). Esa sensación, mil veces multiplicada, tendrían que enfrentarla después quienes asumieron la responsabilidad de llevar al M-19 al escenario político como una fuerza legal.

“Puede que nosotros no hayamos ganado siempre, pero por lo menos hemos puesto eufórico al país en más de una ocasión”¹⁵: consideraciones finales

El M-19 fue un movimiento sui generis, cuya organización y trayectoria reflejó valores y prioridades poco comunes entre los grupos de izquierda que participaban en la vida política colombiana en las décadas de 1970 y 1980. Aunque compartió los objetivos de otros grupos políticos y sociales, sus peculiaridades tuvieron que ver fundamentalmente con una concepción demócrata y nacionalista, con una alta valoración de la emotividad y la intuición, y con una propuesta de país abierta e incluyente.

¹⁵ Carlos Pizarro, citado en Beccassino, 1989, 38.

Pese a sus sistemáticos fracasos militares, y a algunos errores políticos de gran magnitud, el Eme logró condensar a lo largo de su trayectoria las expectativas de varios sectores de la sociedad colombiana, y su desmovilización en 1990 fue uno de los motores de la Asamblea Nacional Constituyente que habría de traer cambios substanciales en el sistema político, aunque la anhelada democratización de la sociedad colombiana demostraría ser un proceso mucho más lento y difícil de lo que se pensó en ese tiempo.

El énfasis del M-19 en la construcción reflexiva de la identidad individual y grupal, en las relaciones afectivas y en la democratización del ejercicio cotidiano, lleva a pensar que su conformación fue una de las primeras expresiones de la tardomodernidad en el contexto colombiano. Ello permite definirlo como una comunidad emocional, pero también reconocer en él elementos propios de otras construcciones contemporáneas como las culturas juveniles y los nuevos movimientos sociales.

En cualquier caso, la identidad es un proceso dinámico, y cada una de las construcciones que aquí se describe es sólo un momento de esa trayectoria, que suele implicar contradicciones, disputas y reconstrucciones. Por ello, y especialmente en un movimiento caracterizado por su pluralidad, estas anotaciones sólo indican tendencias. Sin embargo, ellas pueden ser un punto de partida para preguntarse por los ecos que una propuesta como la del M-19 logró despertar entre la sociedad colombiana.

Bibliografía

Beccasino, Ángel, 1989, *M-19: el heavy metal latinoamericano*, Bogotá, Fondo Editorial Santo Domingo.

Berger, Peter, 1999, *Introducción a la sociología*, México D.F., Limusa.

Castro, María Clemencia, 2001, *Del ideal y el goce: lógicas de la subjetividad en la vía guerrillera*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Cerbino, Mauro, Chiriboga, Cinthia y Tutivén, Carlos, 2000, “La disolución de lo social en la socialidad de una comunidad emocional”, en *Culturas juveniles en Guayaquil*, Guayaquil, Convenio Andrés Bello/Abya-Yala.

Friedman, Debra y McAdam, Doug, 1992, “Collective Identity and Activism” en *Frontiers in Social Movement Theory*, Londres, Yale University Press.

Giddens, Anthony, 2000, *Modernidad e Identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona, Península.

Grabe, Vera, 2000, *Razones de vida*, Bogotá, Planeta.

Jimeno, Ramón, 1984, *Oiga hermano: entrevista a Jaime Bateman*, Bogotá, Ediciones Macondo.

M-19, 1985, *Corinto*, Bogotá, Ediciones Macondo.

Maffesoli, Michel, 1990, *El tiempo de las tribus*, Barcelona, Icaria.

Merteens, Donny, 2000, *Ensayos sobre tierra, violencia y género*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Moreno, Martín, 1991, *Infancia y guerra en Centroamérica*, San José de Costa Rica, Flacso.

Toro, Beatriz, 1994, *La revolución o los hijos: mujeres y guerrilla*, Bogotá, Departamento de Antropología Universidad de los Andes.

Vásquez, María Eugenia, 2000, *Escrito para no morir: bitácora de una militancia*, Bogotá, Ilsa/Antropos.

Villamizar, Darío, 1995, *Aquel 19 será*, Bogotá, Planeta.